

¡Cuán nostálgico Santiago debe que nos presenta en su libro Guillermo Felis Cruz! (1). Sin bombas, sin smog, sin escapes libres, sin micros, sin políticos, sin... dos millones de habitantes. Porque entonces, en el primer cuarto del pasado siglo, habitaban éste del Nuevo Extremo no más de cincuenta mil almas.

Eran los tiempos en que el Cuerpo de Carabineros se llamaba "Sereno" y sus componentes "serenos". Cada uno de estos policías de hace más de un siglo "a su privativa ocupación, reunía la de amarrar al diablo y la de ser reloj y el barómetro ambulante del pueblo". La gran escritora inglesa, María Graham sentía una evocadora emoción al oír en la madrugada por ejemplo: "¡Ave María Purísima, las tres han dado y sereno!".

Podría muy bien llamarse, por símil, ciudad "serenita" dada su pastorel existencia. El "Sereno" de nuestros días debe permanecer alerta de que no aparezca un "topanama" y lo ataque valientemente por la espalda; y durante el día tal Sereno debe hoy correr de un lado para otro y volverse

deix con sus gustos y sus lacrimógenas. Ninguna duda cabe de que Santiago el Mayor, Apóstol, hijo de Zebedee y Patrón de Chile según la tradición, tiene a los hijos de este su pueblo en el más decido de abandonar.

La comparación de ambas épocas se produce casi sola a causa de que aquel vivir apacible lo era pese a que por entonces el país luchaba por su independencia, lo que no obstante estar declarada debía consolidar, pero con ello y to de la vida provinciana de la capital se perturbaba poco. ¿Acaso porque sabían con certeza por qué luchaban? Hoy en día todos heredan aquí, pero son raros los que saben claramente por qué.

Por lo demás, parece que nada hacía prever todavía que sobreviviera una década en la que iría profundizándose, en forma inquietantemente progresiva, el principio de asfritud que Portales debía frenar por los años treinta con mano férrea. Eran aún gentes tranquilas en su raíz total mayoría. Así, las bellas damas —si que lo eran según los viajeros, testigos— salían en las tardes a refrescarse en el Paseo de La Cañada, hoy Alameda Bernardo O'Higgins. Belísimo lugar, como cuenta en una estampa que puede verse al final de este volumen y que muestra su noble arboleda a la altura del convento de San Francisco. Lo curioso es que aquellas damas iban elegantes, sin embargo, pero llevadas por unos carruajes que no merecían tal nombre sino el de carrozcos: toscos, feísimos, desartados, arrastrados por una mula... y ahí iban hasta las millonarias. Así y todo se las llamaba "cigarras". Pero lo mejor es este detalle: "Había sido indecoroso por todo extremo, ver juntos en una caleña o coche, a un caballero y una señora, aunque fuesen marido y mujer"... Dios nos valga, lo que es de un tiempo a otro.

De acuerdo con la opinión de la mayor parte de los viajeros, Santiago era una bonita ciudad. No opinaba lo mismo don José Zúñiga, quien le achacaba los basurales que la circundaban. Se pregunta Felis Cruz si esta discrepancia

SANTIAGO EN EL TIEMPO

por M. C. G.



FELIS CRUZ

se debería a que iguales basurales rodeaban por aquí entonces las capitales europeas, de modo que no llegaban la atención de aquellos visitantes. Pero hay que notar, en justicia, que la admiración de los extranjeros por nuestra naciente capital se dirigía únicamente a la majestad de la cordillera, esa que rara vez veían los chileños de entonces y más raramente ven los chileños de hoy (aunque uno hasta puede sentir el siguiente diálogo después de una hermosa tarde: "¿Viste la cordillera?" — "¿La cordillera? ¡qué cordillera!")

El clero dominaba por entonces. Sus representantes estaban un ojo de la cara, circunscritos al parecer determinado la suma facilidad con que las parroquias del pueblo, desde entonces hasta hoy, se justan a vivir "así no más". Pero podera decirse que había cierta inclinación natural a la unión libre y así "la le moralidad a este respecto había aumentado considerablemente en los campos, no sólo entre los hacendados, sino también entre los propietarios y dueños de pequeñas fincas (...). En el interior del país existían escismos que seguían la costumbre de los campesinos. Uno lo hacían en secreto, pero había familias que, sin avergonzarse, y aún con orgullo, decían: "Ésta es la querida del Padre". Como cuando viene, ya andaba en las

mentes sacerdotales, la duda respecto a la justicia y valor de sus votos de castidad.

En aquel tiempo el clero contaba con tribunales propios, pudiendo detener por lapsos indeterminados a quienes consideraba culpables.

Un capítulo bastante notable es el de las "Casas de Ejercicios" y al que no nos referiremos lo extenso en el tema de herir alguna susceptibilidad religiosa. Sólo diremos que en él no quedaban muy ajenos, ni los santiaguinos penitentes, de bajísima cultura, ni el clero, acaso culto más allá de lo únicamente espiritual. Así, pues, damos mejor una mirada a las profesiones.

La de abogado tenía el privilegio de ejercer en Chile "un dominio cultural absoluto", dominio en el que escritores, poetas, eruditos y otros no contaban para nada, acaso por la simple razón de que no existían en el país.

Cuanto a los médicos, la situación era la siguiente: "La profesión de la medicina era mal mirada en Chile, como ocurría también en España (...). En el año 1808, el doctor Guillermo Illes, médico irlandés, había publicado un folleto "sobre la medicina en Chile", en el que atribuía el atraso de la profesión a la falta de educación de los que la ejercían" y a la falta de un adecuado sistema de enseñanza. Y añade este detalle: "Algunos de los médicos de Santiago eran mulatos". Se contaba, pues, entre los oficios tales como cerrajería, carpintería y otros, y eran llamados "sangradores". Aquel monospeccio, lentamente, fue cediendo. "El primer médico que le dio rango a la profesión socialmente, porque él era de una gran familia, fue Francisco Javier Teyssier".

Por otra parte, muy cierto es que ya había una Universidad, un gran colegio, el Instituto Nacional y una Biblioteca, pero pese a todo el estado cultural de aquellas santiaguinas, desde la aristocracia al bajo pueblo, era de veras lamentable, por no decir vergonzosa. Desde luego "no había una sola librería en toda la ciudad". Es indudable que la herencia española en este aspecto no fue brillante. Cuanto

lo a la autocracia, huelga el comentario.

No embargo... comparada el Santiago de antes y ahora, éste con toda su cultura, sus universidades, sus grandes librerías, cabe preguntarse: ¿En qué momento? Algo nos invita a dar una mirada al panorama civil.

Mejor suerte corría la música. Hay que recordar en primer término, que el Director Supremo, don Rosendo, fue un gran aficionado: "En Londres acordó a tocar el piano y fue un regular ejecutante". "Cuando fue Director Supremo, para distraerse de las preocupaciones del gobierno y las inmensas responsabilidades de la guerra, se reunieron con sus íntimos amigos ejercitaba tronos de música selecta".

Por la década del veinte, tal vez de poca traza se pasa.

Muchos otros aspectos de la esencial vida santiaguina se abordan en los trece capítulos de este libro. Tenían ciertamente ordenados y muy bien capitalados. Debemos añadir, sin embargo, a dos o tres pequeños vacíos. En la página 41 se dice: "Entre las ruinas de este servicio se halla encontrado una obra de mérito de un escritor chileno. Su profesión, verdadera era la de "monaguillo". Habíamos querido saber de qué obra se trataba y de qué escribió, cosas ambas que Felis omite. Igual ocurre en la página 41 en la que aparece el dato que sigue: "El Reglamento del Comercio organizado en los tiempos coloniales durante la presidencia de Agustín José de la Cruz". Había, temo como pensión jefe al español Manuel Inaz, fallado por un tremendo error en 1817 después de la batalla de Chacabuco". El profano y el olvidado en Historia, siente curiosidad por saber cuál fue aquel tremendo error que el autor no nos cuenta.

Menos aludido a la escritora inglesa María Graham, de cuyo "Diario de mi Residencia en Chile" el autor ha obtenido numerosos datos. Queremos no dejar pasar la ocasión de recordar su nombre fuerte en las letras inglesas y el cual sin embargo pocas veces es recordado en Chile con el homenaje que se merece. Mujer de excepcional inteligencia, publicó muchas obras notables, particularmente de ensayo, justamente apreciadas por los críticos del viejo mundo y en la medida en que su injustamente olvidada por nuestra tierra. Tierra a la que amó y de la cual además hizo grabados y dibujos que la reproducen con rasgos a veces muy notables.

En suma, Los anales de la historia de su país, hallarán aquí muchas y amenas páginas, relevadas con agudas observaciones.

(1) "Santiago a Comienzo del Siglo XIX", Crónicas de los Viajeros, por Guillermo Felis Cruz, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1978.

Santiago en el tiempo [artículo] M. C. G.

Libros y documentos

AUTORÍA

M. C. G.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Santiago en el tiempo [artículo] M. C. G. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile